

# Una catequesis que promueva una participación activa y consciente en la liturgia

---

Álvaro Ginel Vielva sdb

DIRECTOR DE LA REVISTA *CATEQUISTAS*

MADRID

**RESUMEN** El estudio afronta el tema de la relación Liturgia-Catequesis. A partir del lugar que la Catequesis ocupa en el proceso de evangelización se afirma la íntima relación de ambas disciplinas. La Catequesis cumple su tarea inspirándose en lo que el catecúmeno o catequizado tiene que saber y vivir para poder celebrar la fe y llevar una vida litúrgica. Se trata de una iniciación que va más allá del solo saber. Una iniciación que tiene en cuenta la mistagogía, la ejercitación para abrirse al símbolo y a la relación personal de oración y acción de gracias.

**PALABRAS CLAVE** Liturgia, catequesis, Iniciación, mistagogía, símbolo, oración.

**SUMMARY** *This article takes on the question of the relationship liturgy- catechesis. This article, starting first with the role of catechesis in the evangelization process, underscores the intimate connection between both fields of study. Catechesis has to get its inspiration from what those being instructed have to know and live in order to be able to celebrate the Faith and lead a liturgical life. The initiation goes beyond simple knowledge. It requires acceptance of mystagogy, the practice of opening up to the meaning of symbols, and the personal experience of the Lord in prayer and thanksgiving.*

**KEYWORDS** *Liturgy, Catechesis, Initiation, Mystagogy, Symbol, Prayer.*

## I. LITURGIA Y CATEQUESIS

Cuando nos acercamos a la reflexión sobre Catequesis y Liturgia nos encontramos con que en unos sitios se enuncia de esta manera: *Liturgia y Catequesis*<sup>1</sup>. Primero va la Liturgia y después la Catequesis. En la reflexión que

---

1 E. ALBERICH, "Liturgia y Catequesis", en: J. GEVAERT (dir.), *Diccionario de Catequética* (Madrid 1987) 511-514; J. LÓPEZ MARTÍN, "Liturgia y Catequesis", en: V. PEDROSA *et al.* (dirs.), *Nuevo Diccionario de Catequética*, vol. II (Madrid 1999) 1369-1388.

se me ha pedido, de tipo más práctico según el enunciado, primero se habla de Catequesis y después de la Liturgia<sup>2</sup>. Se reconoce en el mismo enunciado *una función específica* de la Catequesis: una acción eclesial que promueva la participación activa y consciente del bautizado en la Liturgia. Posiblemente la formulación dada parte, sin decirlo, de constatar una carencia existente hoy en las catequesis de nuestras comunidades: un modo de catequizar que no promueve la participación activa y consciente de los catequizandos en la Liturgia. Es la aportación que se pide: indicar qué catequesis para *promover o iniciar* en la participación activa y consciente en la Liturgia.

La dialéctica entre Liturgia y Catequesis viene de lejos. El querido profesor E. Alberich comienza su capítulo sobre “Catequesis y Liturgia” con este epígrafe: “Liturgia y Catequesis: diálogo y tensión”<sup>3</sup>. Inmediatamente se clarifica el foco de la tensión:

En la práctica pastoral se constata a menudo una gran desproporción entre la *demanda* de la gente (sacramentos como ritos de paso o conveniencias sociales) y la *oferta* de la Iglesia (sacramentos como signos de fe). La situación ofrece posibilidades para un camino de fe, pero normalmente resulta problemática y decepcionante, tanto respecto a los sacramentos como a la catequesis<sup>4</sup>.

El planteamiento aclara perfectamente los dos polos de la tensión desde la práctica pastoral. Según uno se posicione en un lado: la oferta que la Iglesia presenta, o en el otro: la dificultad concreta de discernir la demanda de sacramentos, “compleja en motivaciones” que en muchas ocasiones no parte de la fe, sino de conveniencias sociales. Una demanda de estas características exigiría un proceso largo o camino de fe. Por decirlo de otro modo: unos acentúan la acción del Espíritu en la realización del sacramento (*ex opere operato*) y otros acentúan superar una visión automática y casi mágica de la Liturgia,

---

E. ALBERICH, *Catequesis evangelizadora. Manual de catequética fundamental* (Madrid 2009); el capítulo noveno se titula “Catequesis y liturgia”, pp. 243-260.

2 J. MOLINARIO, “Catéchèse et liturgie ou liturgie et catéchèse. Quelques points d’ancrage dans l’histoire”: *Lumen Vitae* 59 (2004) 247-256.

3 E. ALBERICH, *Catequesis evangelizadora*, 245. En las notas se puede ver la relación de autores que han abordado el tema de la relación entre Catequesis y Liturgia.

4 *Ibid.*, 246-247.

insistiendo en la respuesta de fe de la persona que recibe el sacramento (*ex opere operantis*). Solo en cuanto que los sacramentos expresan la fe llegan a ser signos eficaces de la gracia que salva<sup>5</sup>. Creo que este problema está de telón de fondo en el tema que tratamos y no podemos silenciarlo.

Una consideración previa más. ¿Qué significa *participar* en la celebración litúrgica? Es otra de las aclaraciones que conviene hacer. En la petición hecha se dice explícitamente: “Una catequesis que promueva una *participación*”. Este texto recoge lo expuesto en la *Sacrosanctum Concilium*:

La santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la liturgia misma, y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo de Dios (n. 14).

En un contexto socio-ambiental como el nuestro en el que *participar* se puede confundir con “hacer algo”, con una actividad “tangibile” (llevar las vinajeras, tocar la campanilla, leer, etc.), conviene tener claro de qué hablamos cuando decimos *participación activa y plena en la celebración litúrgica*. No es raro encontrar celebraciones de algunos sacramentos, especialmente de la Eucaristía, con mucho canto, mucha monición, muchas lecturas, muchos gestos “para hacer más atractiva la celebración” (¡no más participativa!), muchas preces de fieles (“para que participen el mayor número posible de personas...”). Participar, así entendido, es “hacer algo” o “intervenir en algo” durante el transcurso de la celebración. ¿Y los que no hacen nada, participan o no en la celebración? Si participar es hacer algo tangible, se olvida que la verdadera participación está en el acto de fe, que es lo que está en juego en la celebración. En esta perspectiva, la Catequesis tiene mucho que hacer. La celebración no puede prescindir de signos, pero esos signos no pueden prescindir de la fe. En la celebración es la fe la que está en acción<sup>6</sup>.

En esta reflexión quiero responder a dos preguntas fundamentales: por qué a la Catequesis se le puede exigir promover una participación en la Liturgia

---

5 *Ibid.*, 249.

6 CENTRO NACIONAL DE PASTORAL LITÚRGICA (Francia), *El buen uso de la liturgia* (Madrid 2010) 22-24. A. TRIACCA, “Participación”, en: D. SARTORE *et al.* (dirs), *Nuevo Diccionario de Liturgia* (Madrid 1987) 1546-1573, amplísima bibliografía.

(centrar la relación Liturgia-Catequesis); e indicar cuáles son algunos núcleos centrales donde la Catequesis debe intervenir para promover la participación deseada por la *Sacrosanctum Concilium*.

## II. LUGAR DE LA CATEQUESIS EN LA ACCIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

### 1. LA CATEQUESIS EN EL PROCESO DE EVANGELIZACIÓN

Una de las aportaciones mayores, a mi juicio, que nos ofrece el *Directorio General para la Catequesis*<sup>7</sup>, en continuidad con la doctrina del Concilio Vaticano II y con la síntesis posterior recogida en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*<sup>8</sup>, es el *lugar propio de la catequesis en el proceso de evangelización*:

El proceso evangelizador, por consiguiente, está estructurado en etapas o “momentos esenciales”: la *acción misionera* para los no creyentes y para los que viven en la indiferencia religiosa; la *acción catequético-iniciatoria* para los que optan por el Evangelio y para los que necesitan completar o reestructurar su iniciación; y la *acción pastoral* para los fieles cristianos ya maduros, en el seno de la comunidad cristiana. Estos momentos, sin embargo, no son etapas cerradas: se reiteran siempre que sea necesario, ya que tratan de dar el alimento evangélico más adecuado al crecimiento espiritual de cada persona o de la misma comunidad (DGC 49).

7 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis* (DGC) (Madrid 1997). Aprobado el 15 de agosto de 1997 por el papa Juan Pablo II.

8 *Octubre 1974*: Tercera Asamblea General del Sínodo de los Obispos acerca de *la evangelización del mundo contemporáneo*. *Diciembre 1975*: *Evangelii nuntiandi* (EN) (Pablo VI). Exhortación síntesis del Sínodo y al final del Año Santo de 1975; a los diez años de la clausura del Vaticano II. “Este documento presenta, entre otros, un principio de particular importancia: la catequesis como acción evangelizadora dentro del ámbito de la misión general de la Iglesia. La actividad catequética, de ahora en adelante, deberá ser considerada como participe siempre de las urgencias y afanes propios del mandato misionero para nuestro tiempo” (DGC 4).

La catequesis no es una acción que va “por libre” y que puede hacer lo que mejor se le ocurra al catequista de turno. La catequesis tiene un puesto muy delimitado en el proceso de evangelización. Está en el centro del proceso; hay acciones que preceden y acciones que siguen (cf. DGC 63). El problema viene cuando falla lo que precede o lo que sigue. De todas formas, el lugar de la Catequesis en el proceso de evangelización es el que le da identidad y naturaleza para diferenciarse de otras acciones y para inspirar su propio hacer.

## 2. LA ORIGINALIDAD DE LA CATEQUESIS EN EL PROCESO DE EVANGELIZACIÓN

Situada la Catequesis en el proceso evangelizador, la pregunta siguiente se centra en describir la originalidad de sus competencias: su específico quehacer o tarea.

### a. Un camino sin salida: desde la praxis actual

Una forma insuficiente de reflexionar sobre la catequesis y de definir su tarea original es partir de la praxis catequística actual en las comunidades cristianas. Esto sería considerar a la Catequesis como un ente o actividad de la comunidad sin relación con otras tareas eclesiales. En este supuesto, cada grupo o comunidad darían a la Catequesis la función que deseen. La Catequesis así considerada correría el riesgo de convertirse en un “instrumento pedagógico sin más”.

La catequesis ampliamente extendida entre nosotros, recordémoslo, tiene un recorrido corto<sup>9</sup>. Lo podemos situar en los Decretos de san Pío X: *Acerbo nimis* (15 de abril de 1905) sobre la enseñanza del catecismo ante “la ignorancia de las cosas divinas”, y *Quam singulari* (8 de agosto de 1910, Decreto de la Congregación de los Sacramentos) sobre la comunión frecuente y la comunión de los niños, y la preparación a ella. Es sorprendente que en el punto 10/II de este segundo decreto, se lee:

---

9 Para comprender la organización de la pastoral de la catequesis hoy, conviene leer el *motu proprio* de Pío XI, *Orbem catholicum* (29 de junio de 1923) por el que se crea el *Oficio Catequístico General* dependiente de la Congregación del Concilio, con la misión de dirigir y fomentar la acción catequística por toda la Iglesia. Además, el mismo Pío XI prescribe detalladamente lo que hay que hacer en catequesis en el decreto *Provido sane consilio* (12 de enero de 1935) sobre la instrucción catequística que ha de ser promovida y desarrollada.

Para la primera confesión y para la primera comunión, no es necesario el pleno y perfecto conocimiento de la doctrina cristiana. Después, el niño debe ir poco a poco aprendiendo todo el Catecismo, según los alcances de su inteligencia.

Se habla de *conocimiento de la doctrina cristiana*. Y no se pide mucho, sino que se acentúa el *frecuentar la comunión* (dimensión de lo que hoy llamaríamos *mistagogia*) y la *continuidad* en el proceso de aprendizaje. Ciertamente el contexto social y eclesial de entonces no es comparable con el de nuestros días. Era la sociedad de cristiandad de la época. Hoy vivimos con demasiada frecuencia el hecho de que después de la comunión los niños “desaparecen” de la celebración y de la comunidad. Además, observamos que muchas familias no tienen “ambiente cristiano” en su seno cuando piden el Bautismo o traen a los hijos para la primera Comunión.

Posiblemente hoy hay más ignorancia religiosa<sup>10</sup> que entonces, pero el punto de partida de hoy no es una “sociedad de cristiandad”, sino una sociedad con una herencia grande de cristiandad y una fuerte secularización o

---

10 No está mal recordar con qué expresiones el papa Pío X se lamentaba de la ignorancia religiosa de su tiempo: “Nos proscribimos, Venerables Hermanos, los otros juicios, mas estamos con los que piensan que la actual depresión y debilidad de las almas, de que resultan los mayores males, provienen, principalmente, de la ignorancia de las cosas divinas. Esta opinión concuerda enteramente con lo que Dios mismo declaró por su profeta Oseas: ‘No hay conocimiento de Dios en la tierra. La maldición, y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio lo han inundado todo; la sangre se añade a la sangre por cuya causa se cubrirá de luto la tierra y desfallecerán todos sus moradores’ (Os 4,1-3)” (nº 1). “*Necesidad de instrucción*: ¡Cuán comunes y fundados son, por desgracia, estos lamentos de que existe hoy un crecido número de personas, en el pueblo cristiano, que viven en suma ignorancia de las cosas que se han de conocer para conseguir la salvación eterna! Al decir ‘pueblo cristiano’, no Nos referimos solamente a la plebe, esto es, a aquellos hombres de las clases inferiores a quienes excusa con frecuencia el hecho de hallarse sometidos a dueños exigentes, y que apenas si pueden ocuparse de sí mismos y de su descanso; sino que también y principalmente, hablamos de aquellos a quienes no falta entendimiento ni cultura y hasta se hallan adornados de una gran erudición profana, pero que, en lo tocante a la religión, viven temeraria e imprudentemente. ¡Difícil sería ponderar lo espeso de las tinieblas que con frecuencia los envuelven y –lo que es más triste– la tranquilidad con que permanecen en ellas! De Dios, soberano autor y moderador de todas las cosas, y de la sabiduría de la fe cristiana para nada se preocupan; y así nada saben de la Encarnación del Verbo de Dios, ni de la redención por El llevada a cabo; nada saben de la gracia, el principal medio para la eterna salvación; nada del sacrificio augusto ni de los sacramentos, por los cuales conseguimos y conservamos la gracia. En cuanto al pecado, ni conocen su malicia ni su fealdad, de suerte que no ponen el menor cuidado en evitarlo, ni en lograr su perdón; y así llegan a los últimos momentos de su vida, en que el sacerdote –por no perder la esperanza de su salvación– les enseña sumariamente la religión, en vez de emplearlos principalmente, según convendría, en moverles a actos de caridad; y esto, si no ocurre –por desgracia, con harta frecuencia– que el moribundo sea de tan culpable ignorancia que tenga por inútil el auxilio del sacerdote y juzgue

indiferencia ante el hecho religioso, cuando no un ataque directo (explícito o solapado) a “lo cristiano católico”.

En un gran porcentaje de casos hoy ya no se trata solo de la necesidad de un “saber religioso”, sino de una “iniciación cristiana”, expresión mucho más totalizadora, porque no hay sustrato exterior cristiano que apoye el saber religioso ni todo aquello que entendemos por la expresión “despertar religioso”.

Para ver la originalidad Catequesis no nos vale la simple consideración de la praxis actual. Tenemos que ir más lejos: al lugar de la catequesis en el proceso de evangelización.

#### b. Vinculación de la Catequesis a los sacramentos de la iniciación

El lugar que el *DGC* otorga a la Catequesis en el proceso de evangelización nos lleva a reflexionar sobre ella situándola en el corazón mismo de la iniciación cristiana. Claramente lo vemos en esta afirmación del *Directorio*:

La catequesis es, así, elemento fundamental de la iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la iniciación, especialmente al Bautismo, “sacramento de la fe”. El eslabón que une la catequesis con el Bautismo es la profesión de fe, que es, a un tiempo, elemento interior de este sacramento y meta de la catequesis. La finalidad de la acción catequética consiste precisamente en esto: propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe (DGC 66).

La consecuencia lógica de esta vinculación a los sacramentos de la iniciación, especialmente el Bautismo, es que la Catequesis y la Liturgia coinciden en el cultivo (=iniciación) de la profesión de fe. La Catequesis prepara a la persona para decir, según sus fuerzas y edad, “yo creo”, “yo acepto en mi vida la presencia de Dios revelado en su Hijo Jesucristo, y la acepto gracias a la acción del Espíritu”. La Liturgia celebra la fe en el sacramento del Bautismo. Es el punto de encuentro. La Catequesis inicia en lo que la Liturgia celebra. El momento de la Catequesis es el que corresponde al periodo en que se “estructura la conversión a Jesucristo dando una fundamentación a la

---

que pueda traspasar tranquilamente los umbrales de la eternidad sin haber satisfecho a Dios por sus pecados” (n. 2).  
<https://gloria.tv/text/pDRittUsdvPC2QExfqu9H11eb> (consultado última vez 16-III-2017).

primera adhesión” (DGC 63). Un elemento de la estructura de la conversión es la dimensión celebrativa.

La raíz de la acción catequística que promueva una participación activa y consciente en la Liturgia no es una ayuda que la Liturgia solicita como un “favor” a la Catequesis, sino que radica en la naturaleza misma de la Catequesis por ser elemento fundamental de la Iniciación cristiana, íntimamente vinculada con los sacramentos de la iniciación. Y hay que subrayar que el *Directorio* apunta a una educación de los discípulos de Jesús para una *vida litúrgica*.

### III. LA LITURGIA ORIENTA A LA CATEQUESIS

Es lógico que la relación entre Liturgia y Catequesis se tenga que realizar a partir del mutuo conocimiento de lo que es propio de cada una de estas funciones eclesiales. La Catequesis se inspira en el modelo catecumenal:

El modelo de toda catequesis es el catecumenado bautismal, que es formación específica que conduce al adulto convertido a la profesión de su fe bautismal en la noche pascual. Esta formación catecumenal ha de inspirar, en sus objetivos y en su dinamismo a las otras formas de catequesis (DGC 59).

#### 1. LA LITURGIA, EXPRESIÓN POR EXCELENCIA DE LA VIDA DE LA IGLESIA

La Liturgia ocupa un papel central en la experiencia cristiana y eclesial, como acción sagrada por excelencia (SC 7), como “cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, fuente de donde dimana toda su fuerza” (SC 10).

Al ser la vida litúrgica (no solo la celebración litúrgica) un rasgo esencial de la existencia cristiana, inspira y orienta los contenidos de la Catequesis y su hacer: educación de la fe e iniciación a la vida de la Iglesia.

La aportación de la Liturgia a la Catequesis radica en que la Liturgia es la expresión por excelencia de la vida cristiana. No entender la Liturgia es no entender la vida cristiana en su manifestación última. A esa tarea *de*



*entender* mira la acción catequística. No es posible una buena Catequesis prescindiendo de lo que es la Liturgia. Participar en lo que se celebra exige conocerlo, comprenderlo, vivirlo en la totalidad de la dimensión celebrativa que la Iglesia realiza.

## 2. LEX ORANDI, LEX CREDENDI, LEX VIVENDI

La Liturgia, consciente de que la *lex orandi* (la norma de la plegaria) es expresión de la *lex credendi* (la norma de la fe) y fundamento de la *lex vivendi* (norma de conducta) no puede prescindir de unos ritos y de unos textos sancionados por la autoridad de la Iglesia, aunque para muchos resulten difíciles de comprender<sup>11</sup>, sobre todo si ha faltado una adecuada Catequesis.

La Liturgia se basa en la fe revelada y enseñada por el Magisterio, de manera que la Liturgia contribuye con su lenguaje simbólico-ritual a afirmar la doctrina en la vida de fe de los creyentes; pero también, en otros casos, la Liturgia interpela la fe propuesta por la Iglesia, constituyéndose un factor que pide explicaciones. Tiene la Liturgia un carácter, en este sentido indicado, provocativo<sup>12</sup>.

De todas formas, no es a la Liturgia a la que corresponde manifestar y proponer la doctrina de la fe, sino Magisterio de la Iglesia.

La liturgia expresa la fe de la Iglesia no con vistas a la formulación teológica, sino con vistas a la celebración de los acontecimientos salvíficos a los que se refieren las verdades de la fe. La liturgia proclama la fe en el momento en que el misterio se actualiza en el rito<sup>13</sup>.

---

11 Reconozcamos que existe una corriente o forma de actuar en algunos agentes de pastoral que consiste en *eliminar* lo que no se entiende o "traducirlo" para que se entienda. Creo que es una actitud arriesgada e imposible. Jamás lograremos entender ni el misterio que celebramos ni la totalidad de cómo lo celebramos. Reducir lo que no se entiende a "nivel plano" (= nivel de que todo se entienda) es despojar al misterio de su identidad, de su halo. Es quedarnos sin misterio de Dios. Otra cosa es educar para aproximarnos a vivir el misterio y admitir un proceso en este itinerario, como se da en la vida humana misma. Por otra parte, hay dimensiones de la vida de la persona que se viven sin que se entiendan del todo. Nos superan sencillamente. Pero son vivibles.

12 Á. GINEL, "Celebrar, una provocación": *Misión Joven* 321 (octubre 2003). Todo el número de la revista dedicado al tema: *Celebrar la vida de Dios en nosotros*.

13 LÓPEZ MARTÍN, *Liturgia y catequesis*, 1378-1379.

En la Liturgia confluyen todas las dimensiones de la experiencia cristiana. No es que la Liturgia agote la experiencia cristiana, sino que es lugar de confluencia, o, con otras palabras, *lugar teológico de la fe*.

#### IV. LA CATEQUESIS INICIA EN LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA

Puestas estas bases teóricas de fondo, queda reflexionar sobre las “tareas” o “deberes” concretos de la Catequesis para que sea de verdad una “catequesis litúrgica”, es decir, una catequesis que prepara a los sacramentos y favorece “una comprensión y vivencia más profunda de la Liturgia” (DGC 71). Es muy difícil entender la Liturgia si falta la Catequesis. El rito litúrgico no es portador solo de su significado natural, sino que remite esencialmente a una historia y a un misterio de salvación que es necesario evocar, entender y vivir por medio de la Catequesis. Me centro en tres aspectos concretos, consciente de que otros muchos quedan sin analizar<sup>14</sup>.

##### 1. INICIAR EN EL CONOCIMIENTO DE LA LITURGIA Y DE LOS SACRAMENTOS

Al señalar el *Directorio General para la Catequesis* la tarea de educación litúrgica propia de la Catequesis, la explicita así: “La catequesis, propicia el conocimiento del significado de la liturgia y de los sacramentos” (n. 85)<sup>15</sup>. Con esta expresión hay que entender todo aquello que da respuesta a las preguntas: *Qué es la liturgia. Cuál es la estructura de la celebración. Qué son los sacramentos. Qué es cada sacramento. Por qué hacemos esto. Qué sentido tiene*. Las respuestas se pueden aprender en la sala de catequesis, en los materiales de catequesis<sup>16</sup>, en la participación en la celebración.

14 Hace falta explicar para iniciar y entender, para dar los primeros pasos. Después, la explicación sobra, porque reduce u orienta el significado con que cada persona, desde su realidad creyente, participa en la celebración.

15 Aunque no lo trato aquí expresamente, no olvido que la Catequesis tiene un quehacer relevante en la acogida de la Palabra de Dios proclamada en la celebración sacramental en dos dimensiones: la actitud de escucha y la apertura a lo escuchado o comprensión y aceptación del mensaje de la Palabra de Dios contenida en la Escritura y proclamada en la celebración.

16 Se necesitaría hacer un análisis detallado de lo que tanto los catecismos como los materiales catequísticos recogen. Posiblemente nos llevaríamos grandes sorpresas. Pero eso es tema de otro estudio.

Los materiales catequísticos abordan el conocimiento de la Liturgia y de los sacramentos desde la temática que presentan. Pero hay que añadir que el conocimiento no se agota en un *saber previo a lo que vamos a celebrar*. Es imprescindible añadir la dimensión *mistagógica*: el aprendizaje que se realiza *en y después de la celebración*.

En el catecumenado bautismal de los adultos no bautizados, tras la celebración de los sacramentos, está contemplada una etapa llamada *mistagógica*:

Incorporados ya los neófitos a la vida de la comunidad y acompañados por esta, perseveran en la escucha de la Palabra de Dios, en la Eucaristía y en la caridad fraterna. La *mistagogia* es, en primer lugar, una etapa catequética y sacramental a la vez, delimitada por la octava pascual y que puede prolongarse hasta Pentecostés. En ella, los iniciados, renovados en su espíritu, asimilan más profundamente los misterios de la fe y los sacramentos en los que se nutre la Iglesia, experimentando cuán suave es el Señor. La inteligencia plena y fructuosa de los misterios se adquiere con la renovación de las explicaciones y sobre todo con la recepción continua de los sacramentos<sup>17</sup>.

Es de destacar en esta descripción de la *mistagogia* que es etapa a la vez catequética y mistagógica; que está delimitada por el factor *tiempo*; así mismo subrayar la afirmación de que la inteligencia plena y fructuosa de los misterios se alcanza por la recepción de los sacramentos y la renovación de las explicaciones. La renovación de las explicaciones sigue a la celebración. No da todo la explicación previa. Es necesaria la participación personal en el sacramento que es acción comunitaria. Se explica la fe de la Iglesia, pero se complementa con la fe vivida y celebrada. La vivencia personal de la fe celebrada es también contenido y está cargada de presencia y acción del Espíritu.

Además de esta *mistagogia* propia del proceso de iniciación cristiana de los adultos recién bautizados, el documento de *La Iniciación Cristiana* alude a otro tipo de *mistagogia*:

---

17 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La Iniciación Cristiana. Reflexiones y Orientaciones* (IC) (27 de noviembre de 1998) (Madrid 1999) 29.

La *mistagogia* configura también toda la trayectoria de la vida cristiana, que progresa y se enriquece día a día en la comprensión más plena de las Sagradas Escrituras y en la frecuencia de los sacramentos. En este sentido, la Iniciación Cristiana de los que son bautizados nada más nacer, está definida también por la *mistagogia*. De ahí la importancia de la celebración del domingo para todos los fieles cristianos, como día en el que se hace memoria del Bautismo y se nutre la fe con la Palabra de Dios y con la participación eucarística. De la perseverancia en esta celebración brota para los bautizados un nuevo sentido de la fe, de la Iglesia y del mundo, al tiempo que se consolidan los vínculos de la comunión eclesial y se fortalece el testimonio delante de los hombres (IC 30).

Creo que esta concepción de *mistagogía* que configura toda la trayectoria de la vida cristiana es la que, en general, hoy nos interesa más porque es en la que entran la mayor parte de los catequizandos que las comunidades actualmente acogen. La catequesis litúrgica no será plena mientras no adquiera esta dimensión mistagógica que exige la participación en la celebración de los sacramentos y su posterior explicación.

Aquí se abre un gran reto y una llamada fuerte a la catequesis litúrgica que hay que realizar. El problema no es solo la participación o no de los catequizandos en la celebración, sino que la celebración sea a su vez entendida por los catequistas como “libro de texto” (para entendernos) para alcanzar el conocimiento de los misterios de la fe y que se tenga conciencia de que la celebración litúrgica inicia en todos los aspectos de la vida de la Iglesia. No basta promover “misas de la familia” o “misas de la comunidad de catequesis”. Es necesario el acompañamiento posterior y la explicación de lo celebrado con gestos y palabras. Nos podemos preguntar cuántos catequistas y responsables de la catequesis tienen claro que la celebración en sí misma es posterior “material catequético mistagógico”. El actual problema de una catequesis mistagógica radica también en la formación de los catequistas.

## 2. EDUCAR A LOS DISCÍPULOS DE JESUCRISTO PARA LA ORACIÓN, ACCIÓN DE GRACIAS...

El segundo aspecto que el *Directorio* pide a la Catequesis es: “Educar a los discípulos de Jesucristo ‘para la oración, la acción de gracias, la penitencia, la plegaria confiada, el sentido comunitario, la captación recta del significado de los símbolos...’; ya que todo ello es necesario para que exista una verdadera vida litúrgica” (n. 85). Lo primero de todo, hay que resaltar que la tarea de la Catequesis apunta no solo al significado de la celebración litúrgica, sino que se extiende hasta promover una “verdadera vida litúrgica”, que es mucho más. Me detengo en la educación en el sentido de la oración, plegaria, acción de gracias.

El *Directorio General para la Catequesis* sitúa en el mismo número, aunque en diferente párrafo, lo relativo a la oración:

La comunión con Jesucristo lleva a los discípulos a asumir el carácter orante y contemplativo que tuvo el Maestro. Aprender a orar con Jesús es orar con los mismos sentimientos con que se dirigía al Padre: adoración, alabanza, acción de gracias, confianza filial, súplica, admiración por su gloria. Estos sentimientos quedan reflejados en el Padrenuestro, la oración que Jesús enseñó a sus discípulos y que es modelo de toda oración cristiana. La “*entrega del Padrenuestro*”, resume de todo el Evangelio, es, por ello, verdadera expresión de la realización de esta tarea. Cuando la catequesis está penetrada por un clima de oración, el aprendizaje de la vida cristiana cobra toda su profundidad. Este clima se hace particularmente necesario cuando los catecúmenos y los catequizandos se enfrentan a los aspectos más exigentes del Evangelio y se sienten débiles, o cuando descubren –maravillados– la acción de Dios en sus vidas (DGC 85).

Más que hablar de “aprender oraciones” (¡hecho que es absolutamente necesario!<sup>18</sup>) la dimensión catequística que el *Directorio* acentúa es la actitud

---

18 Al hablar del DGC de la memorización en el capítulo de “elementos de metodología” dice: “La catequesis está vinculada a la Memoria de la Iglesia que mantiene viva entre nosotros la presencia del Señor. El ejercicio de la memoria es, por tanto, un elemento constitutivo de la pedagogía de la fe, desde los comienzos del cristianismo. Para superar los riesgos de una memorización mecánica, el ejercicio de la memoria ha de integrarse armónicamente entre las diversas funciones del aprendizaje, tales como la espontaneidad y la reflexión, los momentos de diálogo y de silencio, la relación oral y el trabajo

“orante y contemplativa que tuvo el Maestro”, es decir, la Catequesis inicia en la actitud orante del orante que es Jesús. Se dice textualmente: “Aprender a orar con Jesús es orar con los mismos sentimientos con que se dirigía al Padre”. Como se ve, se cambia de registro: no basta repetir fórmula de Jesús, sino entrar en la actitud y sentimientos de Jesús al pronunciar el Padrenuestro. Los sentimientos no es algo que se aprende intelectualmente. Entramos en otra dimensión de la persona donde se juegan las manifestaciones que tienen origen en el corazón, no en el intelecto. La iniciación a una vida de oración es más que el aprendizaje de fórmulas de oración, sin obviarlo. Se menciona como resumen de toda actitud orante, y como concentrado de los sentimientos orantes, la oración del Padrenuestro. No es “nuestra oración”. Es la oración del orante Jesús que se dirige a su Padre y que nos da la verdadera pista de la educación para la oración cristiana ¡y para la vida cristiana! Confesar a Dios como Padre y hacerlo con toda el alma, con sentimiento de filiación, de alabanza, de estallido creyente gozoso es vida cristiana en profundidad. Pronunciar la palabra Padre evoca una experiencia de sentimientos filiales, de gratitud, de sintonía con el querer del Padre y una intensidad de relación con Él siguiendo el ejemplo de relación entre Jesús y su Padre.

¿Cuál es el peligro de una catequesis que olvida estos elementos de *actitud orante* y de plasmación de sentimientos? Comenzar y reducir la oración al aprendizaje de fórmulas de oración sin cuidar y cultivar las actitudes y los sentimientos de la persona orante. No quiero decir aquí que primero hay que crear las actitudes y después aprender las fórmulas de oración. No es primero una cosa y después otra, sino un trenzado armónico entre el cultivo de actitudes y el aprendizaje de fórmulas de oración eclesiales, y la oración personal. La Catequesis no hace nada más que poner la primera piedra del “edificio espiritual del cristiano” (DGC 67). La Catequesis inicial acaba. La Liturgia permanece<sup>19</sup>. No son dos realidades separadas por etapas de tiempo,

---

escrito. En particular, se han de considerar oportunamente como objeto de memoria las principales fórmulas de la fe, ya que aseguran una exposición más precisa de la misma y garantizan un rico patrimonio común doctrinal, cultural y lingüístico. El conocimiento y asimilación de los lenguajes de la fe es condición indispensable para vivir esa misma fe. Es necesario, sin embargo, que tales fórmulas, propuestas como síntesis después de una previa explicación, sean fieles al mensaje cristiano. Entran ahí algunas fórmulas y textos mayores de la Biblia, del dogma, de la liturgia, y las oraciones bien conocidas de la tradición cristiana (Símbolo apostólico, Padre Nuestro, Ave María...)” (n. 154).

19 “La educación permanente de la fe es posterior a su educación básica y la supone... La catequesis de iniciación pone las bases de la vida cristiana en los seguidores de Jesús. El proceso permanente de conversión va más allá de lo que proporciona

sino armónicas en el tiempo y consecutivas. Ciertamente se reza en las sesiones de catequesis con la recitación de oraciones venerables de la comunidad cristiana. Pero quizás falte a la Catequesis ese cuidado que lleva a formar “actitudes orantes” y no solo “rezadores-recitadores de fórmulas de oración”.

Una educación de los sentimientos (fomentar las expresiones y formulaciones de diferentes sentimientos: alegría, alabanza, perdón, súplica...) es imprescindible. Esto nos lleva a analizar praxis muy concretas: cómo se reza en el acto catequético, cómo se entrena al catequizando para que descubra los sentimientos de los grandes orantes, cómo se ayuda a formular oraciones en primera persona, cómo se crea clima o ambiente oracional distinto de otros momentos relacionales, cómo se inicia en la visita a los “espacios oracionales” que posee la comunidad... Lo mismo digamos sobre la educación en el silencio y en la contemplación para “estar” ante el misterio que acontece en la celebración y que nos deja sin palabras. La educación en la fe conlleva estos aspectos.

La Liturgia exige una dimensión de fe: celebramos lo que creemos y creemos lo que celebramos. No solo funciona el *ex opere operato*, sino que hay que insistir en la actitud de fe del sujeto, *ex opere operantis*, como elemento integrante del gesto celebrado. La vida entera del creyente se convertirá en “liturgia de la vida”: de la Liturgia brota y a la Liturgia se lleva el amor con el que vivimos. El creyente se suma a la función sacerdotal de Cristo, mediante una vida entregada en el amor y en el cumplimiento de la voluntad del Padre (Hb 10,5-7) haciendo de su vida un “culto espiritual”, una vida entregada en el amor (Rm 12,1-12). La Liturgia cumple su función principal si se convierte en “liturgia de la vida”, sin separaciones. La vida del creyente es una unidad transida toda ella por la fe, la esperanza y el amor; es decir, una vida “en Espíritu y en verdad”.

### 3. INICIAR EN EL CONOCIMIENTO DE LOS SÍMBOLOS, LOS RITOS Y LOS GESTOS

El *Directorio* propone a la Catequesis la tarea de “la captación recta del significado de los símbolos...” (DGC 85). La Liturgia recurre continuamente en

---

la catequesis de base o fundante” (DGC 69). “El Evangelio y la Eucaristía son su constante alimento en el peregrinar hacia la casa del Padre” (DGC 70).

la celebración sacramental al lenguaje simbólico, a los ritos y gestos. La vida ordinaria de la persona está cargada de simbolismo. Lo invisible del amor lo hacemos visible en gestos: un beso, un regalo, un detalle, una mirada. La vida humana, sin gestos, pierde profundidad. Manifestar las experiencias más profundas y significativas nos lleva a utilizar un lenguaje que va más allá de la palabra. La celebración litúrgica pide iniciar a la persona en la gramática del “lenguaje del misterio” para que las acciones sean reveladoras, evocadoras y provocadoras<sup>20</sup>.

En la celebración lo invisible (el misterio de Dios) se realiza y contiene en lo visible. Es visible el pan, el vino, el aceite, las posturas, los ritos, los objetos... Lo que se celebra a través de lo visible tiene una profundidad y significado que va más allá de lo que se ve. Nos pone en las puertas y en el corazón mismo del misterio de Dios que nos salva. Sin celebración de la fe no hay maduración en la fe. Pero sin una adecuada comprensión de las acciones con las que celebramos, todo puede quedar “en algo que se ve realizar pero no se entiende y por eso aburre”. Algunos padres y madres llevan a la celebración dominical a los hijos “mientras pueden con ellos”. Después, ya nada. Y la gran razón que dan los hijos es que “la misa o la celebración es muy aburrida”. Pasan cosas que no les dicen nada.

El *Directorio* es consciente de esta realidad celebrativa y explícitamente indica: “La educación litúrgica, por ejemplo, necesita explicar qué es la Liturgia cristiana y qué son los sacramentos, pero también debe hacer experimentar los diferentes tipos de celebración, descubrir y hacer amar los símbolos, el sentido de los gestos corporales, etc...” (n. 87).

#### a. El símbolo

La persona es simbólica. Tenemos clara conciencia de nuestra finitud. En muchos momentos esenciales de la vida nos quedamos “sin palabras” y solo nos sale “llorar” o “reír” o “silencio”. Es tanta la riqueza que vivimos por dentro que no tenemos palabras para expresarla. Cuando nos quedamos sin palabras tenemos que acudir a elementos determinados y decir: “Esto soy yo para tí”. “Esto vivo yo”. Cuando la persona siente necesidad de decir el potencial de amor que hay en su corazón con respecto a la persona amada,

---

20 GINEL, “Celebrar, una provocación”, 24-25. *Id.*, *Orientaciones para preparar bien las celebraciones* (Madrid 2011).



se queda corta diciendo: “te quiero”. Entonces necesita tomar unas flores (un “algo”) y regalarlas, al mismo tiempo que pronuncia las palabras: “te quiero”, o se queda sin palabras, solo con la mirada. Las flores complementan la palabra (o el silencio) y se convierten así en un *signo simbólico*, en un elemento natural al que la persona le convierte en algo diferente, porque lo carga de un sentido más pleno: “Te comunico que te quiero tanto que no puedo expresarlo con solas palabras y necesito *comunicar* todo lo que hay detrás de mis palabras con estos elementos que *he elegido y cargado* de mí para ti”. La realidad sensible nos sirve para indicar la existencia de algo que no es perceptible por los sentidos.

He aquí una tarea ingente para la Catequesis de cara a la Liturgia. Una tarea que no se acaba en “explicar los símbolos” de la Liturgia (pan, vino, aceite, agua...), sino en hacer caer en la cuenta a la persona de su dimensión simbólica, de su realidad de “ser necesitada y creadora” de símbolos por ser finita, por no poderse decir totalmente. Tendremos que llegar a que el creyente se inicie a vivir su día, su trabajo, sus vivencias, sus luchas, sus derrotas... de cada día como pan que hace, como vino que sale del lagar de su corazón en el trajín de la vida y que en cada celebración de la Eucaristía, en el momento de la procesión de ofrendas, junto al pan y vino que se lleva al altar se acostumbre a colocar “su pan y su vino”, su vida unida a la vida entregada de Jesús por todos.

En la sesión de catequesis más de una vez surgen, como en la vida, expresiones como: “No tengo palabras para explicarme”. Estas palabras pueden significar: “No tengo claro este tema”, o “no tengo palabras para decir lo que siento”. Es aquí donde la acción del catequista es imprescindible para modelar y cultivar la dimensión simbólica de cada persona. Hay un silencio que nos deja sin palabras que es puerta grande abierta hacia la comprensión del símbolo. En la mayoría de los instrumentos catequísticos no está patente la educación simbólica de la persona (educación que no se agota en la tarea de la educación de la fe). La experiencia de fe y el ser simbólico del catequista son factores que tienen que aportar su colaboración.

#### b. Los ritos

La vida humana está llena de “rituales”. Hay un ritual para dormir al bebé y, si le sacamos de su ritual, no concilia el sueño. Tenemos rituales de

levantarnos, de acostarnos, de tomar el café. Y hay rituales de celebración de fiestas familiares o civiles. En la celebración de un cumpleaños no puede faltar “el soplo que apague las velas”, por ejemplo. Y si falta, diremos que “ha faltado algo”. En una despedida, es imprescindible dar un beso, y si no se da, como que no ha habido “buena despedida”. En la vida civil, en el deporte, en las conmemoraciones sociales existen “rituales o protocolos” que nos llevan a decir: “Esto es toda una liturgia”. Se habla de “ceremonia de inauguración de los juegos olímpicos” o de “la final de copa...”. La vida común está llena de rituales con su protocolo y su “jefe de protocolo” que señala lo que hay que hacer, el orden de acción, y el modo, previamente anunciado (“venga usted vestido de tal forma; a tal hora hay que estar en tal puerta...”).

La Liturgia tiene sus ritos que conectan perfectamente con lo hondo de la persona. La Liturgia *hace* lo que *dice* y lo hace de una manera concreta: con un ritual (rituales de los sacramentos). Así, comenzamos la reunión dominical de la comunidad haciendo el *rito de acogida* que nos hace pasar de una realidad individual y alejada de la iglesia a una realidad de “estar reunidos en nombre del Señor en un lugar concreto”. *Pasamos* de una forma de estar a otra: de la casa particular a la casa de la asamblea cristiana. Por eso somos saludados de otra forma: “El Señor esté con vosotros”.

El ritual tiene su importancia no porque sea magia, sino porque significa y hace que demos un paso más allá: de un nivel de existencia a otro, de vivir aislados a vivir congregados en el nombre del Señor para ser pueblo santo, Cuerpo de Cristo que escucha, alaba, se adentra en el misterio de lo que Dios ha hecho por nosotros y a ello estamos llamados a participar.

Ciertamente que toda realidad humana puede ser pervertida, vaciada de sentido. Un rito pervertido es el que cae en *ritualismo*. Se hacen meticulosamente las cosas con matemática precisión, pero por pura rúbrica o reglamento, sin contenido de fondo, sin lograr el alcance que hay en la acción. Todo sale perfecto, pero todo es frío.

En la Liturgia, lo que se hace es *epifanía de una Iglesia* que se reúne, ora, celebra a su Señor. De aquí se sigue que el modo de realizar los ritos tiene su importancia. El hacer tiene que dejar entrever la realidad de fe que es la razón de todo. Los ritos tienen que ser significativos por el modo como son realizados. El significado del rito puede ser ocultado de muchas maneras por el significante, por las personas, por la palabrería, los gestos, la actitud, el comportamiento...

La Catequesis se une a la Liturgia para dar sentido y para fomentar una antropología que transparente al trascendente, el Señor resucitado. Se trata de una labor de educación de la persona hacia el misterio. No basta hacer ni vale hacer de cualquier forma. Educamos en la Catequesis para la significación. Celebramos el misterio escondido en Dios y revelado en Jesús de la manera que humanamente nos es factible: con gestos y palabras en íntima conexión que evocan y abocan a una realidad misteriosa.

No se trata de “saber comportarse o estar en la Iglesia o estar en la celebración”. Esto nos dejaría en el nivel de la buena educación o urbanidad, sino de participar en el misterio de nuestra fe. El misterio de la fe se celebra entrando con fe en el dinamismo de la celebración. El misterio del Señor resucitado que celebramos, cuanto más lo celebramos, más inagotable se revela y más serena y significativa expresividad nos exige. No hace falta explicarlo todo<sup>21</sup>, sino poner en pista para expresar mejor la fe con los ritos y los gestos.

### c. Los gestos

Aunque analizamos por separado estas tres realidades (símbolos, ritos y gestos), tenemos que aclarar y reconocer que en la práctica forman una unidad muy estrecha. Al referirnos en este momento a los *gestos* pensamos de manera especial en los movimientos<sup>22</sup>, los desplazamientos, las posturas corporales que tienen lugar en la celebración. No dar importancia a los detalles y a la realización puede eclipsar el misterio celebrado. La *Constitución de la Sagrada Liturgia* dice: “Los ritos deben resplandecer con una noble sencillez; deben ser breves, claros, evitando las repeticiones inútiles; adaptados a la capacidad de los fieles y, en general, no deben tener necesidad de muchas explicaciones” (SC 34). La Liturgia no es teatro, pero necesita un arte o puesta en escena que lleve a que lo que se *hace* refleje con más claridad *lo que se dice*, el misterio que contiene y está detrás y que es vivido en fe. La Liturgia tiene una gran parte de acción corporal tanto del presidente como de la asamblea. La manera de hacer los gestos transfigura la acción para hacerla entrar en el mundo simbólico. Así la asamblea tiene que percibir la belleza de la celebra-

---

21 Hace falta explicar para iniciar y entender, para dar los primeros pasos. Después, la explicación sobra, porque reduce u orienta el significado con que cada persona, desde su realidad creyente, participa en la celebración.

22 CENTRO NACIONAL DE PASTORAL LITÚRGICA (Francia), *El arte de celebrar*, 159-160.

ción y secretamente intuir *que allí está pasando algo* que se nos escapa de las manos y de lo que no somos únicos protagonistas. El verdadero protagonista es el Espíritu que nos hace participar ahora en el misterio salvador de Cristo a través de lo que hacemos. En ocasiones, al salir de la celebración, se escuchan comentarios de la gente: “Esta manera de celebrar transmite algo, sales de la celebración mejor que entraste. Da gusto, se nota que se creen lo que hacen y dicen. Se palpa que hay algo, que los ‘actores secundarios’ viven que detrás hay un ‘Actor’ principal; no hay vacío ni pura acción”.

De nuevo aquí tenemos que repetir que está muy bien que la Catequesis se ocupe de explicar el sentido de los gestos y posturas: estar de pie o sentados, la procesión del Evangelio, o la de presentación de dones. El saber tiene que llevar a *realizar los gestos* de un modo coherente, epifánico<sup>23</sup>.

De la misma manera, hay que pensar en cuidar los lugares donde se celebra (campo, salón, capilla, iglesia parroquial...). Y dentro del lugar genérico, están los lugares específicos de cada acción: las lecturas, el lugar del sacramento, el lugar del presidente de la celebración, de los participantes, etc. Simplemente, cuando entramos en una iglesia percibimos una palabra callada al ver cómo está adornada y ordenada (limpieza, iluminación, calefacción, colocación de las sillas o bancos, anuncios, expositores...). Lo de fuera predispone para aquello que vamos a celebrar. La iglesia con minúsculas se convierte en signo de la Iglesia con mayúsculas<sup>24</sup>.

#### 4. INICIAR EN LA GLOBALIDAD DE LA VIDA CRISTIANA

La rica experiencia de las comunidades apostólicas (Hch 2,42-47) y del catecumenado de adultos no bautizados, así como la tradición de la vida de la Iglesia, insisten en que el creyente debe llegar a hacer una la síntesis vital entre celebración, palabra, profesión de fe, testimonio cristiano, ejercicios de

---

23 Para poner un ejemplo que aclare lo que se dice: “Si la procesión de entrada solo sirve para dirigirse al altar, bastaría con salir por la puerta de la sacristía y todo sería más rápido. Esta procesión es simbólica porque sirve para expresar la marcha del pueblo de Dios venido de todas las partes para reunirse con el Señor. La comida eucarística es simbólica, no utilitaria. El pan que recibimos no ha sido confeccionado para saciar el hambre, sino para hacer memoria del que ha dado su vida y nos invita, siguiéndole a Él, a dar la vida por nuestros hermanos. En pleno día, las luces nos sirven para alumbrar, sino para recordar a Cristo, luz del mundo” (cf. *Ibid.*, 176).

24 *Ibid.*, 67-80.

caridad. La vida de fe no está compartimentada; es unitaria. La celebración de la Eucaristía no es un “acto” en medio de la jornada; es la culminación y, al mismo tiempo, el lanzamiento de una vida vivida como entrega que sabe “hacer el pan” y “beber el vino” de la alegría, del dolor. Todo se concentra en ese momento del misterio de la entrega total de Cristo “*pro multis*”.

Está pendiente una revisión de la forma de hacer la Catequesis que lleve a que el creyente adquiera la unidad y la globalidad de la experiencia cristiana. Toda la vida de la persona está impregnada en dinamismo cristiano donde se trenzan la fe, la esperanza, la caridad. No hay un momento para creer y otro para obrar, por ejemplo; no vivimos dos vidas, una humana y otra cristiana, sino una existencia cristiana; no tenemos una historia humana y otra cristiana sino que en nuestra historia, la que es posible vivir, está penetrada de presencia y acción de Dios que hace que nuestra historia sea historia de salvación, historia atravesada por el amor salvífico de Dios a través de Cristo y por la acción del Espíritu.

## V. CONCLUSIONES

- Es manifiesta la íntima colaboración y complementariedad entre Catequesis y Liturgia. La Catequesis se inspira en la Liturgia para realizar su tarea de iniciación del catecúmeno o el catequizando para que adquiera la actitud verdadera de participación en la Liturgia y hacer de su vida creyente una vida litúrgica.
- Promover una participación activa y consciente es tarea de la Catequesis y de la misma Liturgia. Pasa por saber lo que se hace y su sentido, por creer lo que hacemos, por vivir la realidad de la vida como “vida litúrgica”. Todo lo que pasa por nuestra existencia creyente lleva a la Liturgia y salimos de la celebración para continuar realizando una vida litúrgica.
- Hay que potenciar la educación de la dimensión antropológica que va más allá de una vida vivida en superficialidad o que solo exista lo que controlamos con nuestra cabeza, olvidándonos de la vivencia del corazón. Esto es una tarea propia de la Catequesis. Sin tocar lo más hondo de la persona, la celebración queda como algo “externo” que no nos concierne. Por otra parte, no se espera a participar en la celebración

cuando ya “se sabe todo” o se “comprende todo”, sino que se aprende a celebrar, celebrando y realizando la *mistagogia*.

- La participación plena y consciente en la celebración litúrgica no es reductible a “hacer algo” en el transcurso de la celebración, sino a vivir la celebración como momento de fe donde toda la vida del creyente está en juego. Nada de la vida ordinaria de un creyente queda al margen de la celebración porque para el creyente todo está orientado hacia el Dios confesado como único Señor y meta de su vida. En la celebración se ve plasmada toda la vida: ser interlocutor de Dios, ser convocado a vivir en comunidad, ser débil y frágil, ser necesitado de Dios y acogido y amado por Él, vivir a la escucha de su Palabra en el día a día, ser capaz de ofrecer el sacrificio de la propia vida y ejercitar la dimensión del sacerdocio común, ser envuelto por el amor de Cristo que entrega su vida al Padre y nos alimenta y nos lanza de nuevo a la vida.
- La acción catequística mira a la iniciación en la Liturgia y los sacramentos de manera global: no se trata solo de aprender qué pasa en la celebración, sino de ver en la celebración la vida propia unida al misterio salvador de Dios en Cristo. Esta es la mejor participación, plena y consciente, en la celebración. Es la vida del creyente la que tiene que ser vivida como “vida litúrgica”. Hay que reconocer que queda mucho por hacer.
- Aunque no ha sido explícitamente mencionado en la reflexión precedente, existe un gran reto en todo lo dicho que incide directamente en la formación de los catequistas para lograr aquella catequesis ideal y deseable que inicien a los catecúmenos en la vida litúrgica.